

Tal secreto Nabuco desencierra,  
Segun quieren decir vivos testigos,  
A fin de que saliesen de su tierra  
Y no hagan allí largos abrigos;  
O como siempre tienen dura guerra,  
Por ser unos de otros enemigos,  
Pues hasta hoy, do quiera que se tomen,  
Es muy averiguado que se comen.

Pero Vadillo con la buena nueva,  
Que fué para su hambre conviniente,  
Y por certificarse con la prueba,  
Determinó partir día siguiente  
Por el camino que Nabuco lleva,  
Que por dos ó tres días fué patente;  
Mas este se perdió con espesuras  
Y en bosques y montañas muy obscuras.

Donde hallaron grandes cenagales  
Cuyos discursos eran intractables,  
Tierra que tiembla, sucios tremedales,  
Do se gastaban horas miserables,  
Tanto que fueron los pasados males  
En su comparacion mas tolerables;  
Iban todos al fin de tal manera  
Que cada cual de vida desespera.

Y muchas noches, aunque habia rama  
Donde poner los cuerpos fatigados,  
No siempre se podia hacer cama,  
Y estaban á las plantas arrimados,  
Los piés metidos en aquella lama  
Y de cien mil misterios rodeados:  
Tal es la condicion del cudioioso  
Que no halla camino trabajoso.

Pero viendo su gente de mal arte  
El cauto y animoso licenciado,  
Al Nabuco mandó llamar aparte,  
Diciéndole: «Tú, perro, me has burlado.»  
El dijo: «Nunca yo quise burlarte,  
Ni tuve contra tí pecho dañado;  
Mas por guerra que tienen los vecinos  
No se frecuentan sendas ni caminos.

»Al mal que padeceis yo voy subyeto,  
Sin ser de mas quietud las horas mias;  
Pero presto veremos el efecto,  
Y estas pisadas no serán baldias  
Pues en Buriticá, donde prometo,  
Podemos entrar antes de dos dias;  
E yo no prometí ni es en mi mano  
Daros la tierra con camino llano.»

Con esto perdió saña que tenia  
El Vadillo, quedando convencido,  
Y el indio cumplió bien lo que decia  
Sin alargar el plazo prometido;  
Pues antes de cumplir tercero día  
En la provincia dicha fué metido  
Y en tierra rasa, clara y escombrada,  
Pero tal que ninguna tan doblada.

Pues al septentrion y al mediodia,  
Y al orto y al ocaso, van subidos  
Cerros, la cumbre dellos algo fria;  
Y así los indios andan bien vestidos,  
Dispuestos y de mucha gallardía,  
Valientes, sueltos, bravos y atrevidos  
Y ricos, pero poco labradores,  
Por ser de oro todas sus labores.

A las cuales inclinan bien el cuello  
Al tiempo que doradas venas hieren;  
El oro es el que les da resuello,  
Por ello viven y por ello mueren;  
Por ello tienen bienes, y por ello  
A sus casas les traen cuanto quieren;  
Y en la tierra domina tal estrella  
Que es una pasta de oro toda ella.

Entrados pues en tierra sin montaña  
Y de las condiciones que ya digo,  
Nabuco se volvió con su compañía  
A do tenia natural abrigo,  
En gracia y en amor de los de España,  
Y para nunca selles enemigo;  
Y sigue su viaje nuestro bando  
Algunas poblaciones indagando.

Un camino hallaron espacioso,  
Del cual diré después en mi tractado,  
Porque de tanto trance riguroso  
Agora yo me hallo fatigado,  
Y quiero dar los brazos al reposo  
Y á los ojos el sueño deseado;  
Pues á causa de ser la vida breve  
A ratos quito lo que se les debe.

### CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta lo sucedido en la provincia de Buriticá, y en las demás provincias por donde pasó el licenciado Juan de Vadillo, hasta que su gente lo dejó, y no quiso seguillo.

Aunque para salir con sus intentos  
Tengan hombres avisos necesarios,  
No siempre pueden los entendimientos  
Evitar casos que les son contrarios;  
Y así los regulados pensamientos  
Acontece tener sucesos varios,  
Y el que da mejor orden á su vida  
Después halla diversa la salida.

Destá manera pues en el progreso  
Del licenciado, que salió pujante,  
El intento no tuvo tal suceso  
Que no fuese del suyo discrepante,  
Y su diseño tuvo fin avieso,  
Como declararemos adelante,  
No porque le faltase gran prudencia,  
Solicitud y viva diligencia.

Y en los trabajos de cualquier estrecho  
Y del riesgo mayor y mas pesado,  
Nunca dejaba de poner el pecho  
Tan bien como cualquiera buen soldado,  
Mostrando siempre ser hombre de hecho  
Y en acontecimientos denodado;  
A tiempos tuvo condicion terrible,  
Y á tiempos muy afable y apacible.

Hallado pues aquel primer sendero,  
Con deseo de ver tierra poblada,  
Determinó de ser el delantero  
Por animar la gente fatigada:  
Vieron luego su fin y paradero,  
Mas no para hacer allí parada,  
Pues se continuó por una cuesta  
Angosta, prolijísima y enhiesta.

Peñol inaccesible que tenia  
Altísimos los lados y la frente,  
Al cual por dos entradas se subia,  
La una de la otra diferente,  
De tan grande angostura, que podia  
Una persona ir tan solamente;  
Y en lo alto después de la subida  
Habia mucha gente recogida.

Porque tenían principal asiento  
Y en lo mas llano del pueblo fundado,  
Y para mayor fortalecimiento  
Estaba de palenque rodeado;  
Dentro crecida copia de alimento,  
Y de diversas armas pertrechado,  
En tal manera que según la muestra  
Debían esperar la gente nuestra.

La principal subida que se vía  
Estaba tan profunda por los lados,  
Que si de lo hollado desmentía  
Quien llevase los piés mal asentados,  
Como bala que polvorin envía  
Habia de rodar dos mil estados,  
Donde con muerte de cruel tormento  
Pagase su furor y atrevimiento.

Estando pues en tierra sin montaña  
Mirando los peñoles y aspereza,  
Juan de Vadillo dijo: «No se escusa  
Tomar esta nativa fortaleza,  
Donde podeis creer estar reclusa  
Alguna grande copia de riqueza,  
Pues no de balde su morador piensa  
Tener aquí segura la defensa.

»Ea pues, gente clara castellana,  
Que bien conozco vuestra fortaleza  
En los negocios que tomáis de gana;  
Pues la mayor altura y aspereza  
Soleis supeditar y hacer llana,  
Sin mostrar cobardía ni flaqueza;  
Y así lo que tenemos de presente  
De vuestra voluntad está pendiente.

»Subamos por la vía manifiesta,  
Yendo detras de cada rodadero  
Ofensa de arcabuz y de ballesta  
Que pueda contrastar al indio fiero;  
Porque cuanto la loma mas enhiesta  
El contrario será menos certero,  
E yendo por el medio de la senda  
Los caballos podrán subir de rienda.»

Con tales alabanzas los sublima,  
Y allí los esforzó de tal manera,  
Quel de mayor y de menor estima  
Y el que mas recelaba la carrera,  
Con fuerte brio los demás anima  
Y muere por llevar la delantera;  
Y según lo dispuso la cabeza  
Cada cual se dispone y adereza.

Guarnécense de pectos de algodones,  
Espadas y rodela embrazadas,  
En las cabezas fuertes morriones,  
Los cascos aforrados y celadas,  
Proveidos de plomos los cañones,  
Ballestas con harpones encajadas:  
Destá manera suben las cuadrillas  
Y á veces hacen piés de las rodillas.

El avanguardia Nogueroel lo toma,  
Mancebo valeroso y esforzado;  
A sus espaldas iba por la loma  
Joan de Orozco, práctico soldado;  
En seguimiento del atrás asoma  
Un hermano de Rojas, señalado:  
Vecinos estos dos en Tunja fueron  
Y á menos de seis años que murieron.

Así los demás iban enbilados,  
Que no pueden subir de otra manera;  
Los caballos quedaban rezagados  
Con sillan solas, faldas y testera,  
Los cuales como bien amaestrados  
Con gran tiento subian la ladera;  
Y aunque se daba grito de lo alto  
No por eso tomaban sobresalto.

Que luego se mostraron los morenos  
Con la grita que tienen de costumbre,  
Saliendo de los concavos y senos  
Nubadas de crecida muchedumbre;  
Los riscos y peñascos están llenos  
Cuantos habia por aquella cumbre,  
Sin dejar en aquel frontero lado  
Lugar que no tuviesen ocupado.

Segun de torres altas las almenas,  
Cuando vienen de tordos mil manadas,  
Que todas negreguean y están llenas  
De chirliadoras aves ocupadas,  
Y abiertas y patentes socarrenas  
Son de unas y de otras visitadas,  
Andando con bullicio presuroso  
Sin punto de sosiego ni reposo:

Ni mas ni menos andan inquietos  
En partes cómodas encaramados,  
Dispuestos á los bélicos efectos,  
Los unos y los otros embijados  
Con un cierto betámen, unos prietos  
Y otros por consiguiente colorados,  
Y cada cual de los de á la redonda  
Con dardo, con macana, lanza, honda.

Los cuales como vieron que se llega  
El escuadron sencillo de cristianos,  
Comienza la durísima refriega  
Saliendo tiros de robustas manos,  
Guiados del ardor y furia ciega  
Que enciende y alborota los humanos;  
Suenan los golpes dados en testudos  
De cascos, de celadas y de escudos.

Llueve por todas partes piedra gruesa,  
De dardos una y otra rociada;  
Viene volando no con menos priesa  
Lanza de palma dura bien tostada;  
De cada cosa nube tan espesa  
Como la que de rayo fué rasgada,  
Tanto que Nogueroel ya no prosigue  
Y espera que la furia se mitigue.

Y el misero parece que sospecha  
Aquel día fatal que nos espanta,  
Pues no sé de qué mano fué derecha  
Funesta punta de tostada planta,  
Cuyo furor escudo no desecha  
Hasta que se metió por la garganta:  
Rompe las venas, sangre va vertida,  
Y tras ella buyó la cara vida.

Detiénelo Orozco que no caya  
En la profundidad, aunque él recela  
Otro tan duro golpe de azagaya;  
Pero cubrióse bien con la rodela,  
Y todos los demás están á raya,  
Como no sube la primer tutela;  
De mano en mano va por los oídos  
Nogueroel muerto y otros diez heridos.

Sabido por Vadillo, les decia:  
«Adelante, valientes españoles,  
Que si Nogueroel vió su postrer día,  
Por eso quedan muchos Nogueroles,  
E ya la cuesta poco se desvia,  
Para poder ganar estos peñoles;  
Y cuanto mas allá vamos llegando  
El camino se va mas ensanchando.»

Caminan pues como mejor podian  
Saltando siempre balas y harpones,  
Y de los fuertes altos no venian  
Tantos ni tan espesos los turbiones,  
Por cuya causa todos presumian  
Acabárseles ya las municiones;  
Y así cristiano marte se apresura  
Hasta llegar á parte mas segura.

Pues el Joan de Orozco como via  
El terrible furor algo mas manso,  
Ganó cierto mogote que hacia  
Una cierta manera de descanso,  
No llano, que planicie no tenia,  
Pero su compás era mas espanso:  
Y en lo restante de los reventones  
Podian ir ya juntos tres peones.

Con mas velocidad continuaron  
Como los piés podian hacer presa,  
Y tal maña se dieron que ganaron  
Otro compás de mas cómoda mesa,  
Adonde se pararon y afirmaron  
Porque la gente fuese menos lesa;  
Y allí mas á placer se defendieron  
Hasta que los caballos ya subieron.

Como fuese mas llano lo restante,  
Tal que podian ir á media rienda,  
Saltan en los caballos al instante  
Y aprietan las espuelas por la senda:  
Los indios que caballos ven delante  
Parecían ser vision horrenda,  
Y así con rostro triste y amarillo  
Van á poner en cobro su batillo.

El tumulto fué luego dividido,  
Saliendo del peñol por otro lado,  
Y el cacique por ser mas atrevido  
Quiso defender en el cercado,  
El cual ligeramente fué rompido  
Por ser de pocos indios ayudado;  
Admiranse de ver equinos cuellos,  
Y así buyeron y el señor con ellos.

Entraron pues ajenos pareceres  
Desenvolviendo fardos y balijas;  
Hallaron muchos niños y mujeres  
Y ropa de sus mantas ó cobijas;  
No hallaron del cacique sus haberes,  
Mas su mujer prendieron con dos hijas:  
Era moza de cuerpo bien dispuesto  
Y de hermoso y agraciado gesto.

Joyas de oro hallaron principales,  
No tantas cuantas son sus intenciones;  
Mas hallaban do quiera materiales  
Y fraguas do hacian fundiciones,  
Y muestras de tener ricos caudales,  
Que no fueron falaces opiniones;  
Pero túvose por averiguado  
Que todo lo tenían enterrado.

Y por hallarse mucho bastimento  
Y llegar fatigados del viaje,  
Pausa hicieron en aquel asiento  
Proveyéndose de matalotaje:  
El cacique después del rompimiento  
Al gobernador envió mensaje,  
Diciéndole querer venir a vello  
Si le daba licencia para ello.

Holgó Vadillo con el mensajero,  
Tractándole con amigable mano,  
Y dijo: «Dias ha que yo lo espero  
Con firme voluntad de pecho sano,  
Y así podrás decirle que yo quiero  
Tenelle por amigo y por hermano;  
A su casa se venga y a su nido  
Porque será de mí bien recebido.»

Como le diesen este buen recado,  
Determinó venir día siguiente,  
De capitanes bien acompañado,  
Vestidos de algodón galanamente;  
Holgóse de lo ver el licenciado,  
Y el indio mostró grave continente:  
Era de grandes miembros, gentil hombre,  
Y ninguno se acuerda de su nombre.

El astuto gandul como sintiese  
La sed insaciable que traía,  
Rogó con gran instancia que le diese  
La mujer y las prendas que tenía,  
Y que por el rescate le pidiese  
La cantidad de oro que quería:  
Vadillo, viendo las promesas largas,  
Pidióle de buen oro doce cargas.

Otra cosa pedia demás desto,  
Negocio que no menos se estimaba,  
Y fué que le hiciese manifiesto  
El venero de donde se sacaba;  
Todo lo cual con apacible gesto  
El prometió según se le mandaba,  
Como quien no tenía pensamiento  
De dar a sus palabras cumplimiento.

Dijo pues que soltasen su matrona  
Para que busque los ocultos bienes,  
Y en vez que represente su persona  
El quería quedarse por rehén:  
Vadillo viendo lo que le pregona  
Aquesto le concede sin desdenes;  
Partióse luego con los que quería  
Quedando de volver a tercer día.

Estuvieron diez dias en espera,  
Sin respuesta tener mala ni buena;  
Y viendo no venir la compañera  
Y el cacique mostrar ninguna pena,  
El cuello le pusieron en collera,  
Pendiente della siempre la cadena:  
Que sin prisiones lo tenían antes  
Rodeado de guardas vigilantes.

Como perdesen pues el esperanza  
De podelle sacar estos dineros,  
Tractan de la segunda confianza  
Que fué les descubriese los veneros;  
Y el indio dijo sin mostrar mudanza  
Fuesen con él algunos compañeros,  
Prometiéndole mostrar a los cristianos  
Dónde sacaban los dorados granos.

Apercibióse número de gente  
Con deseo de ver lo prometido,  
Y fué Juan de Vadillo y el teniente,  
Cada cual dellos bien apercebido;  
Cuatro soldados del ramal pendiente  
Llevaban al cacique bien asido,  
Suero, Díaz, Patiño, Alvar García,  
Y otro que Portalegre se decía.

Destá suerte lo sacan de la villa,  
Asidos todos cuatro de la rienda;  
A las espaldas la demás cuadrilla  
Dispuestos a beligerá contienda:  
El indio guía por una cuchilla  
De gran altor y muy estrecha senda,  
Profundos y derechos ambos lados  
Por do van todos ellos enhilados.

Yendo desta manera caminando,  
En unos ásperos derrumbaderos  
El indio se arrojó, precipitando  
Tras sí todos los cuatro compañeros,  
Unos sobre los otros tropicando,  
Rodando por aquellos peladeros,  
Hasta que cierta mata que allí hubo,  
Que fué ventura grande los detuvo.

Pero sus pensamientos fueron vanos  
En quererse librar desta manera,  
Pues los cuatro soldados veteranos  
Iban todos siguiendo la collera,  
Sin soltar la cadena de las manos,  
Con ir a su pesar por la ladera  
Todos cinco revueltos de mal arte,  
Hasta que dieron en aquella parte.

Eran, según Orozco me declara,  
Zarzales los opuestos embarazos,  
Do cada cual llegó rota la cara  
Y desollados piés, piernas y brazos;  
Mas si deste lugar se discrepara  
Se hicieran trescientos mil pedazos:  
Los que miran de arriba con espantos  
A Dios los encomiendan y a sus santos.

Y muchos ansimismo con el miedo  
De vellos ir rodando que no paran,  
A grandes voces dicen: «Credo, credo»,  
Como si de la horca los echaran;  
Quedó Vadillo con el resto quedo,  
Que bien pensó que nunca mas tornaran,  
Porque fué tal espacio lo que fueron  
Rodando, que de vista los perdieron.

Pero los cuatro deste detrimento,  
Puestos en el zarzal ya referido,  
Después de recobrar algún aliento  
Suben con el cacique bien asido:  
Juan de Vadillo recibió contento  
Con todos los demás cuando los vido,  
Porque ninguno ya hacia cuenta  
Escapar vivos de tan gran tormento.

Y no volvieron por aquella frente  
Por donde se vinieron despeñando,  
Sino por otra parte diferente  
Por menos asperezas rodeando;  
Mas tales que no van seguramente  
Sino con piés y manos gateando,  
Hasta que con inmensa pesadumbre  
Todos cinco llegaron a la cumbre.

Desgarrados los cueros y pellicos,  
Las cabezas bien atorronadas,  
Y todos ellos hechos los hocicos;  
Al modo de mujeres mal casadas,  
Lo cual se padecía por ser ricos  
Con otras desventuras no contadas,  
De las cuales la parte menor pinto,  
Por ser inestricable laberinto.

Llegado pues el misero cautivo  
A la presencia deste licenciado,  
Luego como varon vindicativo  
Y en los enojos nada reportado,  
A sus negros mandó quemallo vivo,  
Los cuales ejecutan su mandado,  
Sin que bastasen ruegos ni razones  
Que daban mas compuestas condiciones.

Al pueblo se volvieron con aquesto,  
Desto mal hecho cada cual pesante;  
Bajaron otro día del recuesto  
Y el cuerpo caminó mas adelante,  
Entrando por camino tan molesto  
Que no se vido cosa semejante,  
Y llevando del diestro los caballos  
Que de otra suerte no pueden llevarlos.

Al cabo de seis dias de camino,  
Con deseo de ver tierra mas llana,  
Pablo Fernandez, hombre de gran tino,  
Descubrió luengo trecho de zavana;  
Mas no se pudo captivar vecino  
Ni verse por allí villa cercana;  
Pero como por ellas se desmande,  
Las aguas descubrió de un río grande.

Después que ya llegó toda la gente,  
Rancheáronse cerca del arena,  
Y como viesen río tan potente  
Juzgaron ser el de la Magdalena;  
Impetuosa lleva su corriente,  
Por las barrancas va la madre llena;  
En la parte frontera ven labores,  
Y allá procuran ir diez nadadores.

Sintieron al pasar terrible frío;  
Hallaban la corriente menos blanda,  
Cuanto mas van, y así del medio río  
Revolvieron a la primera banda  
Pareciéndoles torpe desvario  
Proseguir adelante su demanda:  
Vadillo se holgó cuando los vido,  
Porque contra su voto habían ido.

La gente se juzgaba por perdida,  
Por haber grande número de dias  
Que padecían falta de comida,  
Y no podían captivarse guías,  
A causa de saber de su venida,  
Mediante relacion de las espías,  
Y si hallaban pueblos a los lados,  
Estaban los vecinos retirados.

Mas el Pablo Fernandez, aunque flaca  
Tenía ya su fuerza de gigante,  
De la gente mas sana treinta saca,  
Descubriendo con ellos adelante  
Una provincia que llaman Iraca,  
Llena de poblaciones y abundante;  
Y antes que por la tierra se metiese  
Al campo dió mandado que viniese.

Llegaron al Vadillo tres peones  
Con el recado del que los envía,  
Al cual no le faltaban aflicciones,  
Viendo con afliccion su compañía;  
Pero después que oyó las relaciones,  
Mudólas en contento y alegría,  
Y por estar la noche ya cercana,  
Partieron otro día de mañana.

Abreviando la gente su carrera,  
Porque necesidad los compelia,  
Llegaron donde Pablo los espera  
Oculto con aquellos que tenía,  
Y por que ya remate de luz era  
Esperaron la del siguiente día:  
Duermen debajo de fieles velas  
Y a punto las espadas y rodela.

Desque se despidió nocturna hora,  
Que de plantas cubria verdes cuellos,  
Y la real presencia del aurora  
Serenos descubrió sus ojos bellos,  
Y el rey de Delos desde donde mora  
Tendió doradas hebras de cabellos,  
La gente fuerte que mi pluma canta  
Para nuevos recuentos se levanta.

Aprestan armas para las reyertas,  
Cursadas en horribonas contiendas:  
Componen los caballos con cubiertas,  
Subyectos al meneo de las riendas,  
Los cuales como bestias bien espertas  
Mostraban de razon no sé qué prenda,  
Pues cada cual se alegre y regocija,  
Viéndose con beligerá cobija.

A pié van los ginetes por la senda,  
Porque por ir mas altos no los viesen,  
Llevando los caballos de la rienda,  
Y subir luego que menester fuesen,  
Y porque su venida no se entienda  
Hasta tanto que los acometiesen;  
Pues su negocio lleva bien guiado  
Quien al contrario halla descuidado.

Caminaron la vuelta del ocaseo,  
Con aquel orden que les convenia,  
Al llano que hacia muy al caso  
Para valerse la caballería;  
Pero cuando salieron a lo raso,  
La bárbara caterva no dormia,  
Antes su pensamiento les engaña,  
Pues ven gentes armadas en campaña.

El son de sus cornetas suena luego  
Que vieron a la gente peregrina,  
Y porque no gozasen del entrego  
De la villa que estaba mas vecina,  
A las pajizas casas ponen fuego  
Con determinacion luciferina,  
Y en escuadron formado, como diestros,  
Al camino salieron a los nuestros.

Espesura de lanzas y de dardos  
Por una y otra parte se meneá;  
Gandules bien dispuestos y gallardos  
Y multitud de bárbara ralea,  
Con todos los conciertos y reguardos  
Que suelen los cursados en pelea,  
Y con la mano presta y alterada  
Se llegan a la gente bautizada.

Como la guerra ya se les intima,  
En los caballos que iban encubiertos  
Aquellos cuyos son saltan encima  
Para romper los bárbaros conciertos;  
El indio mas feroz se desanima,  
Y algunos se quedaron como muertos;  
Otros con el espanto y el recelo  
Pegan el rostro y ojos por el suelo.

Como quien va de noche por camino  
Con algun temeroso pensamiento,  
Que vio sombra de espíritu malino  
Y queda sin vigor y sin aliento,  
Cayendo con el grande desatino  
Forzado de tan mal impedimento,  
Y por sus coyunturas corre río  
Con la superfluidad del sudor frío:

Así los bárbaros se desalientan  
Cuando vieron cuadrúpedos armados,  
Y mas desque el rigor experimentan  
De lanzas con los hierros afilados,  
Que por los escuadrones ensangrientan  
Las espaldas, los pechos y costados;  
Otros también tomaban por remedio  
Poner no poca tierra de por medio.

Estos se desviaron larga presa,  
Dejando las guerreras municiones,  
Sin que torciesen punto la cabeza  
Atrás, a causa de no ver visiones;  
Y por donde sus pasos endereza  
Ninguno dellos halla trompezones,  
Antes el reventon y el altozamo  
Por do guía sus piés hallaba llano.

Los que gozaron destes vencimientos  
Sin recibir contraste ni herida,  
Como necesitados y hambrientos  
Adelante llevaron su corrida,  
Hasta que ya hallaron aposentos  
Sanos y proveídos de comida,  
Y por ser buen terreno y abundoso  
Estuvieron dos meses de reposo.

También hallaron sal en abundancia,  
De que necesidad se padecía:  
Teníanla los indios por ganancia  
Y era su mas preciada granjería,  
De pozos que por esta circunstancia,  
Por ser de agua salada, se hacia;  
Y así quisieron en aquel asiento  
Hacer mas largo su detenimiento.

Porque de los trabajos precedentes,  
Que parte dellos queda referida,  
Andaban fatigados y dolientes,  
La cara cada cual descolorida,  
Y no pocos soldados escelentes  
Habían concluido con la vida,  
Y el buen Pablo Fernandez, varon fuerte,  
En Iraca también halló la muerte.

Porque de la pasada desventura  
No se sentia todos dias bueno,  
Y allí le dió tan recia calentura  
Que le despachó dentro del septeno,  
Sin que pudiese remediallo cura,  
Aunque no tuvo cumplimiento lleno;  
Pero hizose todo lo posible  
Para libralle deste mal terrible.

Causó la muerte suya grave pena,  
Por ser en proseguir esta jornada  
Principal eslabon de la cadena  
Las veces que se vió casi quebrada;  
Hizo lo que la santa ley ordeña  
Al tiempo de partir desta morada,  
Recibiendo los santos sacramentos  
Y con declaracion de sus intentos.

Porque Vadillo, no sin gran prudencia,  
Y con la necesaria vigilancia,  
A los enfermos de cualquier dolencia  
Aconsejables con gran instancia  
Examinasen luego su conciencia  
Y dispusiesen bien de su substancia,  
Y él mismo con cristiano pensamiento  
Daba la claridad del testamento.

También en las montañas mas molestas  
Que cumplia con brevedad dejallas,  
Si por ventura señaladas fiestas  
Venian antes de poder pasallas,  
No mirando razones contrapuestas,  
Con devocion hacia celebrallas,  
Sin consentir quel campo se moviese,  
Aunque necesidad los compeliere.

Iraca pues como se desocupe  
Del cebo que tuvieron abundante,  
Por relaciones del Orozco supe,  
En el mismo viaje caminante,  
Cómo quisieron ir a Naratupe,  
Provincia que tenían adelante,  
Y para la ballar allá camina  
Con soldados Joan Ruiz de Molina.

La guía que la nueva certifica,  
En la tierra de Iraca residente,  
Afirmábales ser la tierra rica  
Y tener grande número de gente;  
Y por esto Francisco de Mojica  
Fué con este caudillo juntamente,  
Por aquel orden que Vadillo quiso,  
Porque mas presto diesen el aviso.

Entre tanto la gente detenida  
Con Vadillo, diez negros enviaron  
Por las labranzas á buscar comida,  
A los cuales los indios saltearon  
Y privaron al uno de la vida,  
Porque por piés los otros escaparon;  
Y al miserable que quedó captivo,  
Para comer le desmembraron vivo.

Como por el Vadillo se supiese  
Aquesto que sucintamente digo,  
A Caravajal hizo que partiese  
Con gentes á buscar al enemigo,  
Y con sangrienta mano, si pudiese,  
Relajase las riendas al castigo:  
Partió luego con treinta peregrinos,  
Los seis ó siete dellos en rocinos.

Los indios esperaron en campaña,  
Sin rehusar venir en rompimiento,  
Pero la gente valida de España  
Aquesta concluyó con fin sangriento,  
Pues en el pelear se dió tal maná  
Que mataron por uno mas de ciento,  
Y con algunas joyas á los cuellos  
Se volvieron al campo todos ellos.

Dos dias después desta cabalgada,  
Por tener de comida gran inopia,  
Salió de seis soldados camarada  
A la buscar con doce de Etiopia;  
Los bárbaros hicieron emboscada  
Al tiempo que volvan ya con copia,  
Y muchedumbre de caribe gente  
Dieron en ellos repentinamente.

Defendianse bien en la batalla  
Estos seis blancos y la gente prieta;  
Mas era tanta la crúel canalla  
Que por todas las partes los aprieta,  
Que derribaron sin valelle malla  
A Fernando de Hoyos, un trompeta,  
Y en el arrebatado desconcierto  
También Diego de Tapia quedó muerto.

Crecida multitud los señorea,  
De jaculos agudos todos llenos;  
Los cuatro blancos y los de Guinea  
Gran rato pelearon como buenos;  
Pero cansados ya de la pelea  
Huyeron de los doce diez morenos;  
Los dos abominando la huida  
Pelearon hasta perder la vida.

Como se viesen ya sin esperanza  
De poder escapar los cuatro blancos  
Pusieron en sus piés la confianza,  
Huyendo por quebradas y barrancos;  
A Fresno le clavó volante lanza,  
Mas todavía dió veloces trancos:  
Espuela mala para su carrera,  
Mas con ella la hizo mas lijera.

Emboscáronse pues por matas ciegas,  
Cada cual por su parte dividido,  
Pero cansado Pedro de Villegas,  
En cierto hoyo se quedó metido;  
Los tres que se libraron de las bregas  
Dieron nuevas del mal acontecido,  
Aunque primeramente se las dieron  
Aquellos diez esclavos que huyeron.

Pues sin llegar los tres, había rato  
Que hizo caminar Juan de Vadillo  
Caballos y peones alrebató,  
Baltasar de Ledesma por caudillo;  
Llegaron donde fué su desbarato,  
Mas barbaro no ven para seguillo,  
Y de los muertos solo las cabezas,  
Que los cuerpos llevaron hechos piezas.

Mándanlas enterrar en un ejido,  
Poniendo ciertas cruces en señales;  
A las voces que daban y al ruido  
Salió Villegas de los matorrales,  
Donde quedaba solo y abscondido,  
Con miedo de los bárbaros bestiales;  
Y dió gracias á Dios devotamente  
Por lo sacar de riesgo tan patente.

Con él al campo luego se volvieron,  
No sin derramar lágrimas los ojos;  
Y á la venida, por los altos vieron  
Indios que les mostraban los despojos;  
Mas por la gran altura no pudieron  
Jamás vengar en ellos sus enojos,  
Con ya hacelles cada dia fieros,  
Dando grita por cima los otros.

Escuadrones andaban por la cumbre,  
Sin bajar á hacer con armas prueba,  
Y estuvieron en esta pesadumbre  
Cinco ó seis dias, hasta saber nueva  
Que diese claridad y certidumbre  
De los caminos que Molina lleva,  
Para salirse ya del estalaje  
Y llevar adelante su viaje.

El cual con el Mojica peregrina  
Por ver de Naratupe las fronteras,  
Y los pasos por donde se camina  
Son altas y asperisimas laderas;  
Opónese la gente convecina  
A contrastar cristíferas banderas,  
Mas los soldados del cristiano bando  
No pierden, antes siempre van ganando.

Enviáronse pues de gente diestra  
Peones á llamar allicenciado,  
Porque lo que ya vian daba muestra  
De ser el territorio bien poblado:  
Juan de Frades llegó que los adiestra,  
Y Vadillo partió, visto recado,  
Yendo delante los azadoneros  
Para hacer caminos andaderos.

Mas aprovechan poco los conciertos  
Para llevar subida descansada,  
Por ser tan asperisimos los puertos  
Que apenas ballan dó hacer parada,  
De noche, segun son altos y yertos  
Y la cuchilla dellos delicada;  
Suben con grande tieno los caballos,  
Tanto que fué milagro sustentallos.

Y cuando se quedaban alojados  
En medio de los ásperos recuestos,  
Los caballos, en árboles atados,  
De tan mala manera quedan puestos,  
Que parece tenellos ahorcados,  
Sobre los piés traseros muy enhiestos,  
Asidos siempre de la gruesa rama,  
Sin osar en el suelo tomar cama.

Y cuatro que quisieron de cansados  
Tomalla por allí, como mal diestros,  
Sin medio de poder ser ayudados,  
Quebraron fácilmente los cabestros,  
Rodando sobre mas de mil estados,  
Do no fueron mas vistos de los nuestros;  
Pues antes de llegar á las honduras  
Iban deshechas ya las coyunturas.

Con este sinsabor y desavio,  
Y rebatos también que no faltaban,  
Llegaron á Garú, que es cierto río,  
Donde los dos caudillos esperaban;  
Había por allí mucho gentío,  
Cosa que todos ellos deseaban;  
Supo de ciertos indios el Mojica,  
La ciudad dicha Cori ser muy rica.

Llevaronlos delante del regente,  
El cual, certificado, luego manda  
A Francisco de César, su teniente,  
Vaya con brevedad en su demanda;  
El cual nómina hizo de la gente,  
Caballos y peones, buena banda:  
Por todos van sesenta, cinco menos,  
Que se sentian de salud mas llenos.

Pasaron asperisimos recuestos  
Que pocos en altura semejantes,  
Y desde los collados mas enhiestos  
Vieron las casas ya poco distantes;  
Los vecinos están en arma puestos  
Y, á lo que parecia, con semblantes  
De creer que tenían para cena  
De carne de español la mesa llena.

Reparáronse pues nuestros peones,  
Porque los de caballo no venian  
A causa de los grandes reventones  
Y malos pasos do se detenian:  
Pero los carniceros escuadrones,  
Pensando que de miedo lo hacian,  
Acometieron bravos y lozanos  
Para tomallos vivos á las manos.

Rompiendo van los aires vivos gritos,  
Espesura de lanzas los rodea,  
Creece furia y ardor de los confitos,  
Enciéndese bravísima pelea;  
Caen sobrellos dardos infinitos,  
El español brioso se menea,  
Apresurando los filos agudos  
Y amparándose bien con los escudos.

Poco compás ocupan los cristianos,  
Y allí firmes están como raices;  
Pero cuando llegaban los paganos  
Algunos revolvan sus narices:  
Aquí cortan molledos, allí manos;  
Acullá cercenaban las cervices;  
Unos vuelven sangrienta la mollera,  
Otros con las entrañas todas fuera.

Mas todavía son acometidos  
Los nuestros de terrible muchedumbre,  
Los doce dellos ya muy mal heridos,  
Y todos con inmensa pesadumbre;  
Crecen los silbos y los alaridos  
Que tienen estos indios de costumbre,  
De tal manera, que por todos lados  
Los tienen afligidos y acosados.

Como suelen hacer en coso llano  
Al toro que á la lidia se subyeta,  
Que le da grandes silbos el villano  
Y hace cocos para que arremeta,  
Y en soltando la vara de la mano  
Busca luego guarida dó se meta,  
El ojo siempre vivo y el pié presto,  
Para poder tomar seguro puesto:

El bárbaro crúel desta manera  
Con importunidad anda silbando,  
Y con brinco y saltos desde afuera  
Agudos jaculos desembrando;  
Si el español acude, no le espera,  
Mortífera respuesta recelando;  
Y la nube de dardos que no cesa,  
Cuanto mas tura tanto mas espesa.

Creece la saña del furor horrendo;  
Aumentase terrible torbellino;  
Los que con los caballos van subiendo  
Abrevian lo posible su camino,  
Y es porque cada cual con el estruendo  
Era de los efectos adivino:  
Quedaron pues, oyendo los tropeles,  
Cuasi pasmados estos infieles.

Porque por el lugar que le compete,  
Para romper furiosa confianza,  
Bate los calcanares el jinete  
Y da tiempos debidos á su lanza:  
El Francisco de César arremete  
No con aumento poco de matanza;  
Y así por su lugar en breves puntos  
Había copia grande de defuntos.

Fué de los indios la turbacion tanta,  
Viendo delante lo que nunca vieron,  
Que ya ninguna grita se levanta,  
Ni después de sus armas se valieron;  
La voz del español victoria canta;  
Los bárbaros callaron y huyeron;  
Siguiéron media legua los alcances,  
Do se hicieron sanguinosos lances.

Vuelven á saquear bárbaros nidos,  
Donde no se halló próspera suerte;  
Curaron luego todos los heridos,  
De los cuales ninguno fué de muerte:  
Vadillo por los hombres impedidos  
En este lugar se hizo fuerte  
Por espacio de diez y siete dias  
Hasta convalecer las compañías.

Pues de la hambre y el rigor continuo  
Los menos dellos se sentian buenos,  
Y así, haciendo lo que les convino,  
El alma dan á Dios en estos senos;  
Los valerosos Miguel Vizcaino,  
Soto, Esquivel y dos ó tres morenos,  
Que de trastornar sierras y montañas  
Tenian ya molidas las entrañas.

Cargó también á César la dolencia,  
El cual, en confianza de ser nada,  
No hizo la debida diligencia,  
Siendo de dia en dia dilatada,  
Y así sin el examen de conciencia  
La muerte le tomó la madrugada:  
A todos fué su muerte lastimera,  
Y mucho mas en ser desta manera.

En Indias fué persona señalada;  
Y relatar ahora su proceso  
Sería cosa desproporcionada  
Por no cumplir aquí largo digreso;  
Podría ser al fin de la jornada  
Deciros algo dél; y agora ceso  
Por volver al viaje de Vadillo,  
Pesante por el fin de su carillo.

A quien todos los mas dicen que yerra  
En hacer de la mar tan gran ausencia;  
Mas él á lo muy lejos se destierra  
Por lo que le dictaba su conciencia,  
Poniendo de por medio tanta tierra  
A causa de huir la residencia,  
Porque debía de tener por cierto  
Tenella sus contrarios en el puerto.